

LA REBELION DE LOS GENERALES

Aparte de las consideraciones—y posibles consecuencias—de orden puramente interno, que no han de ser insignificantes, esa situación de crisis a que se llegó en las relaciones entre militares y civiles en la República Federal de Alemania llama la atención de una manera especial, por tres cosas: su posible influencia, a largo plazo sobre todo, en las relaciones entre la Alemania Occidental y los Estados Unidos; el efecto e influencia de la prontitud con que los países de régimen comunista, en particular los vecinos de la Alemania Occidental, se han aprovechado de lo sucedido hasta ahora con la intención evidente de explotarlo en beneficio propio y en contra, por consiguiente, de la actual forma de gobierno de la República Federal, y las posibles repercusiones que llegue a tener para la Europa central en primer término, por algún otro país también, una campaña de agitación cuyo *leit-motiv* es el retorno del militarismo germano, de la influencia decisiva del Estado Mayor, al primer plano de la vida nacional en que, de una manera u otra, pareció encontrarse entre los días de Federico el Grande y Adolfo Hitler.

Lo menos que se podría decir, cualesquiera que fuese el punto de vista que se prefiriese elegir, para contemplar la situación en que se encuentra la todavía joven pero extraordinariamente vigorosa y bien desarrollada República Federal de Alemania, es que la dimisión de tres generales—en un caso se intentó presentarla como destitución—se presta por lo menos a hablar de un *affaire* de generales o de una *cause célèbre*. Se presta a todo menos a dejarlo pasar de lado sin volver siquiera la vista para contemplar con asombro el singular espectáculo que ha venido a agrandar, hasta darle dimensiones fabulosas, las muchas dificultades con que había acabado por encontrarse el actual canciller, el profesor Ludwig Erhard, el *Wirtschaftswunderkind* de los días de la fantástica recuperación—de renacimiento más bien—de la deshecha

economía alemana y el *Wahllokomotive* de hace un año nada más, aquella fuerza tan irresistible como una locomotora en marcha, que arrastró literalmente al cuerpo electoral alemán a las urnas para dar a la democracia cristiana un triunfo en las pasadas elecciones generales que muy pocos creían que fuese posible. En cualquier caso, lo de ahora está en pugna abierta con lo de hace poco, con las dimensiones que llegaron a tener las demostraciones de simpatía y entusiasmo por el canciller de no mucho tiempo todavía. Se había confirmado ampliamente lo que se venía diciendo desde el momento en que empezaron a ser muy fuertes las presiones en favor de la sustitución del anciano Dr. Adenauer en la Cancillería: el sustituto sólo podía ser Erhard, símbolo no menos que artifice de un desarrollo y una prosperidad que explicaban a su manera el poder, el prestigio y la sustancia, en definitiva, de lo que bien podía considerarse ya como la primera potencia de la Europa occidental, hecho sorprendente para todo el que pensase nada más que en la situación en que se encontraba Alemania hacía veinte años.

Bastaron unos meses, muy pocos, para que la situación hubiese experimentado un cambio sensacional. Acaso más que por el cambio, por la rapidez, un poco increíble, en que se produjo y que encontró expresión espectacular en el resultado de las elecciones en el Estado—*Lander*—de la Renania del Norte-Westfaña, donde vive la tercera parte de la población de la Alemania Occidental y donde la votación de la democracia cristiana, el partido que ha jugado un papel de absoluto dominio en el gobierno de la nación desde su nacimiento, experimentó una caída ruinosa. Desde el punto de vista psicológico acaso fuese mejor cañificarla de catastrófica. Sus verdaderas consecuencias y significación deberán quedar un poco en suspenso, sin embargo, hasta pasadas las elecciones, también estatales, de Baviera, este noviembre, y los resultados de una reorganización ministerial que no sólo se esperaba incluso antes de producirse ese sensacional, casi escandaloso, acontecimiento que ha dado en llamarse, con miras precisamente a mantener en un primer plano el aspecto sensacional de la cuestión, «la rebelión de los generales», sino que bien podría considerarse como algo absolutamente indispensable aun en el caso de que no llegase a producirse. De lo cual apenas podría salir otra consecuencia que la extensión hacia el futuro de una situación políticamente insostenible.

Sin apenas contar con tiempo para observar con alguna tranquilidad el panorama en que se desarrollaban acontecimientos de tal naturaleza llamativa, se desvaneció la popularidad, el respeto mismo a la figura simpática y jovial,

siempre con aire optimista, hasta entonces, del *Gummilöwe* (león de goma) de tez sonrosada y con el eterno habano entre los labios. Pasó a ser sólo una figura criticada y hasta despreciada, *der Dicke* (el Gordo), un calificativo que parecía no tener otras dimensiones que las profundamente peyorativas. En vísperas de otra visita a Washington, la realizada a fines de septiembre, la crisis que se quiso evitar, al menos de momento, por creer que sería posible llevar alguna mejora a la crítica posición política creada por la «rebelión de los generales», como todo el mundo decía, renacía y se actualizaba con cualquier pretexto. Parecía haberse convertido en necesidad apremiante el insistir oficialmente que el ministro de Defensa no había dimitido. Ni pensaba hacerlo tampoco.

«Desafortunado y abandonado».

Un pretexto fue, para muchos, la visita de una semana que el canciller Erhard hizo a Noruega y Suecia, apenas resuelta, según entonces se dijo, aquella desagradable cuestión con el nombramiento de nuevos generales y ciertos corrimientos de puestos, y la iniciación de una labor que se creía habría de remozar y rejuvenecer los altos mandos militares de la nación. La primera sensación de crisis se produjo cuando el canciller Erhard se encontraba pasando una temporada de descanso en su casa de Baviera, donde había estado pensando mucho, es de suponer, en las líneas generales de la *Deutschlandpolitik* para un futuro próximo y tal vez decisivo. Había grandes y graves cuestiones pendientes: la crisis de la O. T. A. N.; el paso a la fase final y definitiva del proceso de integración económica del Euromercado, en condiciones y circunstancias que para un economista como el profesor Erhard no acababan de resultar aceptables y cuya mayor posibilidad de ataque estaba, sin duda, por el lado de un intento serio de acercamiento de la E. F. T. A., la Asociación Europea de Libre Comercio, también llamada «los Siete de afuera» y de la que formaban parte de especial importancia los países escandinavos, con los cuales era tradicional en Alemania el mantenimiento de buenas, a menudo excelentes, relaciones; el estado, vidrioso con frecuencia, de las relaciones con Francia; la crisis financiera británica, ya con unas dimensiones que bien se creía que podría amenazar la salud económica de otros países y, por supuesto, la situación a que se había llegado en torno al problema de la reuni-

ficación, causa de mucha incomodidad en el ambiente político nacional y de muy serias dificultades para el desarrollo de una política exterior como la que parecía corresponder a una potencia de la importancia de la República Federal de Alemania.

Se comprende que el profesor Erhard saliese para Noruega y Suecia apenas había confirmado, de una manera amplia y rotunda, la confianza al ministro de Defensa, Kai-Uwe von Hassel, por haber destituido (provisionalmente), al teniente general Werner Panitzki de su cargo de jefe de la nueva *Luftwaffe*, o Fuerza Aérea, haber aceptado las dimisiones de los generales Heinz Trettner, inspector general de la *Bundeswehr*, la más alta autoridad profesional (militar) de las fuerzas armadas de la nación, y Günther Pape, uno de los comandantes regionales, y procedido sin demora a cubrir las vacantes que habían surgido. Los rumores, muy insistentes en los primeros momentos, sobre la dimisión—quizá hasta la destitución—del ministro de Defensa hubieron de ceder, nunca cesar del todo, en vista de la actitud adoptada por el canciller, apenas había vuelto a Bonn. dando por concluidas las vacaciones; en vista de la actitud del propio von Hassel, al explicar públicamente: «Yo no veo ninguna razón para ceder mi cartera a causa de la dimisión de los generales Trettner y Panitzki. Los motivos de las dimisiones de estos generales son totalmente diferentes.» Y en vista, también, por supuesto, del viaje que en seguida emprendió el profesor Erhard, que ha podido ser considerado como uno de los viajes políticos más extraños y que menos han llamado la atención de los últimos tiempos, hasta el punto de apenas encontrarse de él más que muy breves y arrinconadas referencias en los periódicos de esos días, en particular los de la propia Alemania Occidental.

¿Podía tener razón o expresar, por lo menos, el sentir general aquel periódico de Hamburgo que apareció con un titular de primera página que decía, simplemente: «Erhard, el desafortunado y abandonado»?

La posición de Erhard era la consecuencia de un salto prodigioso. No era tarea fácil para la imaginación el comprender lo que había sucedido entre el resultado de las elecciones generales del año pasado y esas elecciones estatales en las que cayó derrotado el hijo del ex canciller Adenauer, de quien se hablaba como una figura política ya con una personalidad propia que le hacía digno de respeto y consideraciones, en aquel ambiente descrito como *ein Erdrutsch*, un corrimiento de tierras que había sorprendido y casi sepultado—en sentido figurado, por supuesto—al partido de Adenauer y Erhard.

Para acabar, sin apenas tener la sensación de que el tiempo había podido servir para algo, en los rumores sobre un *Kanzlersturz*, un golpe parlamentario con el que pudiese fin a la torturada agonía—de eso se hablaba—de aquel Gobierno presidido por una figura cuya popularidad, un día nota dominante de la vida política de la nación, había caído con una verticalidad asombrosa. En el corto espacio de seis semanas, una de esas *polls*, encuestas, tan de moda, acusaba un descenso del 42 al 33 por 100 de las opiniones consultadas.

¿Qué podía haber sucedido? La pregunta apenas podía ser ociosa y sobre todo al producirse esa caída en la popularidad del profesor Erhard antes de estallar, con tanta violencia, esa «rebelión de los generales». ¿Podía ser la explicación de todo lo que había sucedido, estaba sucediendo, aquella observación solemne de Hans-Wolfgang Rubin, uno de los dirigentes del Partido Demócrata Libre (liberal), cuyos votos en el *Bundestag*, la cámara baja del Parlamento, son absolutamente necesarios para que el actual Gobierno pueda seguir adelante? Con relación directa a la situación económica, motivo ahora de creciente preocupación, había dicho el señor Rubin: «Erhard... ha perdido de vista las realidades políticas. Su continuada permanencia en el Gobierno sólo puede conducir a la pérdida de las elecciones en 1969.»

Ancha simpatía popular.

La perspectiva o la posibilidad de una victoria socialdemócrata en esas elecciones generales, todavía a tres años de distancia, es ya un gran tema de discusión, especulación y comentarios de mucho interés tanto de fronteras adentro como de fronteras afuera. A pesar de ser ya tan pequeñas y tan pocas, en realidad, las diferencias esenciales entre la democracia cristiana y la socialdemocracia, que ha renunciado incluso al contenido marxista que tuvo durante mucho tiempo, el cambio que se produciría en la vida oficial de la nación de llegar la socialdemocracia a ocupar una posición políticamente dominante, habría de ir seguido de serias, tal vez graves repercusiones. Porque a muchas gentes, dentro y fuera del país, no acaba de inspirarles confianza el partido que hoy dirige Willy Brandt, que puede recibir aplausos como alcalde-gobernador del Berlín occidental, pero en quien a duras penas se puede pensar como jefe del Gobierno de Bonn. Y por el carácter de aventura que tendría

un cambio en el que la responsabilidad de la vida pública de la República Federal de Alemania hubiese de caer de lleno sobre los hombros del partido que en estos momentos está sacando, a menudo con estridencias demagógicas, todo el provecho posible de la situación en que se encuentran el canciller Erhard y sus colaboradores. Hasta llegar, incluso—y de manera preferente—, al punto de producir la impresión de estar defendiendo en las circunstancias actuales el principio de la autonomía, casi de la independencia, militar cuando se había convertido en cuestión de principio el mantener los servicios militares de la nación total y enteramente bajo la autoridad civil.

Esta situación de crisis, el estado de cosas en que desembocó la llamada «rebelión de los generales», tiene algo de intranquilizador, de fronteras adentro y de fronteras afuera, porque en realidad se trata de uno de los grandes acontecimientos de la vida alemana de la posguerra, por la forma no menos que por el fondo de su presentación. Algo que, asociado como está a esa impresión, en apariencia muy extendida, de que en las circunstancias actuales apenas es posible pensar en otra cosa que en una victoria de la socialdemocracia en las elecciones de 1969, a menos que antes se produzcan acontecimientos hoy por hoy inesperados, entre ellos un cambio radical en la dirección del Gobierno, con el sacrificio poco menos que inevitable del actual canciller, llega a convertirse en una sensación de agobio. ¿Por desembocar forzosamente en consideraciones influenciadas acaso de una manera decisiva por la vida y obras de la república de Weimar, formada y desarrollada, nunca consolidada, bajo el signo de la socialdemocracia?

Si fuese posible perder un poco de vista—que no lo es—la situación en que se encuentra el Gobierno de Erhard a causa principalmente de la dimisión de esos tres generales: uno para mejor condenar la política gubernamental relacionada con el triste, y tal vez trágico ya, asunto de los *Starfighters*, los aviones que forman el armamento esencial de la Fuerza Aérea de la Alemania Occidental, y los otros dos en actitud de protesta por la decisión oficial de dar entrada en los cuarteles a las actividades de agentes sindicales en busca de miembros entre los «soldados-ciudadanos», casi medio millón ya, que forman las Fuerzas Armadas de la República Federal de Alemania, quizá se comprendiese mejor el estado de encono a que se ha llegado. La actitud, las acusaciones, la campaña, en fin de la socialdemocracia contra el actual Gobierno, simbolizado y personificado, porque eso es muy conveniente en estos momentos y es demostración de habilidad política, por

lo menos en el profesor Erhard, su jefe, bien pudiera ser anticipo de jornadas tormentosas en el panorama político nacional.

Especialmente en vista de la mucha incomodidad que ha salido de los empeños que se han puesto, por una parte y la otra, por el lado del Gobierno y el de la oposición, en dejar al descubierto las posibilidades del problema de la reunificación. En esta nueva crisis, explotada con habilidad y sin escrúpulos, pudiera muy bien estar la salida a una situación que empieza a tenerse la sospecha de que acaso llegue a ser insostenible. Cualesquiera que sean los factores y las circunstancias de esto que más que una rebelión pudo haber sido, sólo y en el mejor de los casos, un conato de rebelión, se tiene la impresión de que hay una gran simpatía popular, muy extendida, por los generales, que ha aumentado la impopularidad del canciller Erhard—sin esto apenas se podría justificar la renovada y abierta presión de algunas figuras principales de su propio partido por forzarle no sólo a la introducción de grandes cambios en el Gobierno, sino a renunciar él mismo a su dirección—y de que, en fin, apremia la necesidad de tomar posiciones para arrebatar a la socialdemocracia la iniciativa.

Ante la actitud, abiertamente ofensiva, que adoptó la socialdemocracia, en cuyo nombre habló en este caso su presidente adjunto, Herbert Wehner, al proclamar: «Estamos dispuestos para el diálogo, pero no con el doctor Erhard», ¿tiene explicación posible la falta de una reacción enérgica y adecuada? Lo que hacía falta, mucho más que la respuesta dada por el portavoz oficial del Gobierno, Günther von Hassel, era la respuesta adecuada de la dirección de la democracia cristiana, que nunca llegó. Podía parecer des-acostumbrado, según observación de un corresponsal, el comentario de von Hassel al rechazar semejante ataque de la oposición, que calificó como «una calumnia grosera contra el Gobierno que rebasa los límites de la política democrática normal».

Lo que hizo el señor Wehner no fue atacar al canciller Erhard. Fue lo que dijo un insulto dirigido contra el jefe del Gobierno que necesitaba encontrar una demostración de apoyo y reafirmada confianza en su partido mucho más que en el Gobierno mismo. Se trataba, sin duda, de explotar con fines políticos una situación de inmensas, acaso catastróficas, posibilidades políticas.

Ha habido torpeza, no hay duda, y quizá hasta algo peor en la gestación y el posterior desarrollo de esa *cause célèbre* llamada a dar color, acaso de influir de una manera decisiva en la vida política de la Alemania Occiden-

tal de allí en adelante. Torpeza muy grave ha sido el viaje del ministro de Defensa al Canadá a los dos días de recibir la carta de dimisión del general Panitzki, para dejarle con la sensación de que era insoportable seguir adelante con un estado de cosas como aquel que había ido saliendo de los graves y frecuentes accidentes con el avión *Starfighter*, que había sido comprado—en número de unos setecientos—a una gran empresa norteamericana, la Lockheed, en circunstancias que ahora se han insinuado, por lo menos, que en todo ello han podido influir más consideraciones que las relacionadas con la calidad y cualidades del avión.

Una gran decepción.

Von Hassel se fue al Canadá, dejando tal vez el ánimo del general Panitzki cargado con la impresión de que aquello era una demostración más de la actitud fría, endurecida, descortés de unas autoridades que habían permitido, cuando no alentado, la presencia de tensiones y rivalidades entre las autoridades militares y civiles. Hasta el punto de producirse quizá la impresión de que no preocupaba el estado de baja moral, que estaba demasiado en evidencia, entre los pilotos de la Fuerza Aérea a causa de la frecuencia de los accidentes que se habían traducido en la pérdida de la vida para treinta y seis de ellos y en la pérdida de sesenta y uno de aquellos aviones «F 104 G»—se dijo que la «G» se había tomado de la palabra «Germany», Alemania en inglés—, los *Starfighter*, comprados a los Estados Unidos. Unos aviones de los cuales se llegó a decir, lo dice un folleto de presentación preparado por la Lockheed Company:

«Con la forma de un proyectil y tripulado por un hombre, el *Super Starfighter* es el avión más espectacular que jamás haya sido producido. Es el instrumento de acción de la aviación de que más se habla.»

Nunca pudo esa gran compañía norteamericana pensar siquiera en algunas de las cosas que se iban a decir sobre el *Starfighter*, o en torno a ese avión que ha terminado por ser muy discutido. En las declaraciones hechas por el general Panitzki al semanario *Neue Ruhr Zeitung*, francamente inclinado hacia el lado de la socialdemocracia, a las que se contestó en seguida con la decisión del ministro de Defensa de proceder a su destitución inmediata, aunque, según se dijo, con carácter provisional, puesto que la decisión de-

finitiva habría de ir precedida de una investigación que se había dispuesto también que se iniciase sin pérdida de tiempo, aparecía esto, que sólo tenía una interpretación posible: el ser un ataque al ministro de Defensa:

«Se nos han reprochado los fallos (en la Fuerza Aérea), pero nosotros hemos hecho frente a nuestras obligaciones, a pesar de la organización deplorable del Ministerio de la Defensa. La elección del *Starfighter* ha sido, para empezar, una elección política... Esta ha sido la mayor decepción de mi vida.»

Lo que a primera vista parecía ser un acto de indisciplina de suma gravedad, a lo que habría de seguir la investigación y el procesamiento inevitables, como bien parecía desprenderse de la actitud adoptada por el ministro de Defensa, sufrió un cambio radical y favorable al general Panitzki en el momento en que se hubo de reconocer oficialmente que la destitución de que había sido objeto apenas podía ser, en realidad, más que la aceptación de la dimisión que había sido presentada hacía un par de semanas y sobre la cual no se había actuado. Lo que podría ser descortesía o algo peor aún. Aquella impresión primera y tan desfavorable para el general fue dejando paso al convencimiento de que posiblemente los jefes militares tuviesen motivos sobrados para sentirse descontentos con un estado de cosas al que la frecuencia y gravedad de los accidentes con los aviones «F 104 G» y las informaciones y comentarios en torno a la cuestión del armamento norteamericano de la *Bundeswehr* daban un carácter acusado y preponderantemente político. Sin aludir siquiera a las acusaciones, ya del dominio público, de corrupción.

Este aspecto político de la cuestión llevaba dentro de sí ciertos elementos sumamente delicados. No sólo por existir la posibilidad de que se comprase material militar sin la debida intervención y participación de las autoridades militares, que estaban llamadas, después de todo, a encargarse de su manejo y conservación, sino por las informaciones constantes sobre las presiones de carácter político que al parecer se ejercían sobre el Gobierno alemán para la compra de más y mayores cantidades de un material militar que se consideraba no sólo innecesario, sino hasta anticuado o inadecuado. Una de las argumentaciones que se habían ofrecido por el lado alemán en contra de las compras para la segunda mitad del acuerdo de 1966-67, por un valor total de 1.350 millones de dólares, cubierto sólo en la mitad, aproximadamente, es que la *Bundeswehr* tenía en estudio todo un proceso de

modernización del material militar y que, por tanto, no eran necesarias de momento nuevas compras.

Si en los momentos en que esta cuestión adquiría dimensiones críticas para las relaciones entre la Alemania Occidental y los Estados Unidos, y era el tema principal de las conversaciones que el canciller Erhard se proponía celebrar en Washington, a fines del pasado septiembre, se comprendía fácilmente la contrariedad, el disgusto que habría de producir un incidente como ese del cual había sido protagonista excepcional el general Panitzki. El problema de los *Starfighters* se había visto convertido, de pronto, en el problema más amplio y más trascendental, sin duda, de las relaciones entre los Gobiernos de Bonn y de Washington, con el cual estaban relacionados, de una manera u otra, otros problemas o aspectos más o menos importantes del mismo problema.

Desde hacía tiempo estaba también planteada la cuestión de las compras especiales de la Alemania Occidental a la Gran Bretaña, a título de compensación por los gastos que, en divisas extranjeras—marcos—hacía el Gobierno de Londres en Alemania por razón de la presencia en su territorio del llamado *British Army of the Rhine*, o B. A. O. R., con unos 64.000 hombres, incluidos los de Aviación. En los momentos en que mayor empeño se tenía en hacer una gran demostración de unidad y solidaridad frente a la política de Francia, del general De Gaulle, sobre la O. T. A. N., era especialmente seria la actitud adoptada frente a Londres y grave la situación en que se encontraba el Gobierno de Londres, con una crisis financiera planteada hacía tiempo y siempre con tendencia al empeoramiento. Por eso resultaba más difícil el tener que hacer un desembolso que, por pequeño que fuese, de sólo unos millones de libras, ochenta o noventa, había de hacerse en divisas y sin otra justificación que la presencia a orillas del Rin de una importante fuerza militar británica. Llamaba esto más la atención, para mayor tirantez en las relaciones, a causa de la actitud del secretario de Defensa norteamericano, Robert S. McNamara, por haber colocado a su colega alemán, von Hassel, un par de meses antes, en la disyuntiva de comprar todo el material de guerra que se había acordado o aceptar una retirada proporcional de las tropas norteamericanas estacionadas en territorio de la Alemania Occidental. Es decir, que no sólo los Estados Unidos, la potencia que se encontraba en condiciones financieras—y de otras clases también—muy favorables en comparación con las de Inglaterra, conseguía lo que pedía en materia de compensación por los gastos militares norteamericanos en Ale-

mania, sino que se hacían en una escala varias veces mayor y en condiciones que para el Gobierno de Bonn habían de resultar necesariamente poco llevaderas. ¿No apuntaba eso en la dirección de la necesidad de adoptar también una actitud inflexible por el lado británico?

Cargo aceptado con condiciones.

A esa conclusión podría llevar lo que parecía ser la decisión firme de Harold Wilson, el primer ministro inglés, de obtener satisfacción para las condiciones mínimas fijadas o proceder, sin pérdida de tiempo, a una gradual retirada de parte de esas tropas británicas estacionadas en territorio alemán. La posibilidad de que también por este lado estuviese llegándose a una situación de crisis podría asomar en la actitud de Mr. Wilson, de resistencia por lo menos a las tentativas iniciales del presidente norteamericano, Lyndon B. Johnson, para que no se adoptasen decisiones definitivas sin antes celebrar una conferencia tripartita—de representantes de los Estados Unidos, Inglaterra y la Alemania Occidental—con el propósito de buscar una solución negociada al problema. Debido a la intervención norteamericana precisamente, esta cuestión, que había llegado a tener dimensiones que el Gobierno de Londres consideraba intolerables desde hacía media docena de años, se había ido dejando en suspenso o aplazando.

Ahora podía resultar necesaria una solución definitiva y eso no era agradable para los Estados Unidos. Por temor a que influyese de alguna manera desfavorable sobre sus propios acuerdos con el Gobierno alemán, o por la posibilidad, siempre presente, de que se hiciese demasiado hincapié en el carácter peculiar de estos acuerdos, que venían jugando un papel de extraordinaria importancia para la introducción del armamento militar norteamericano en el mercado europeo. De hecho, y por razones que han podido ser tema de apasionada discusión, el *Starfighter* norteamericano había servido para desplazar todo o casi todo el armamento extranjero que no fuese norteamericano de un ejército que está siendo ya considerado como el mejor y más poderoso de toda la Europa occidental.

La posibilidad—la certeza, en el caso de ser tomadas las declaraciones del general Panitzki al pie de la letra—de que ese armamento, o alguna parte importante del mismo, fuese adquirido por razones o consideraciones de una naturaleza exclusiva o esencialmente políticas y a disgusto de las auto-

ridades militares, podría suponer la presencia de un factor capaz de imprimir una dirección nueva y peligrosa a un debate que de hecho estaba planteado desde hacía tiempo y cuyas peores consecuencias posibles se hacían grandes esfuerzos por evitar.

Desde el punto de vista de las relaciones exteriores, de la política internacional en el más ancho aspecto posible, lo importante de esta cuestión es, sin duda, la destitución—dimisión—del general Panitzki. Una dimisión que bien mereció adquirir una significación nueva y agravada en el momento en que puso condiciones el general nombrado para sustituirle, Johannes Steinhoff, el afamado piloto de la *Luftwaffe* de los días de la segunda guerra mundial, con 167 victorias en su deslumbrante hoja de servicios, doce veces abatido y muchas veces herido, algunas de mucha gravedad y en una de las cuales quedó con la cara de tal modo quemada y desfigurada que fueron precisas delicadas operaciones de estética facial, intervenciones de la misma naturaleza de las que sufrió el actual jefe del Gobierno de Rhodesia, Ian Smith, que antes que político había sido piloto de las Reales Fuerzas Aéreas (R. A. F.) de la Gran Bretaña.

Sólo el hecho de que se anunciase, al cabo de los diez días de plazo previamente establecido, que el general Steinhoff había aceptado el nombramiento, parecía confirmar la impresión de que la dimisión del general Panitzki no había sido un sacrificio estéril. Ese plazo, dedicado ostentosamente al estudio de la situación que se había creado en la *Luftwaffe*, justificaba el pensar que no sólo había habido discusiones y negociaciones, sino que había habido también concesiones que pudieran haber hecho más aceptable la situación para las autoridades militares.

Esto tiene, aparte de la influencia o repercusiones que de ello han de resultar para la posición que ocupa la República Federal de Alemania en el campo de las relaciones internacionales, una especial y singular importancia para las relaciones futuras entre el poder civil y el militar. Lo que es de gran interés, sin duda, para el país desde el punto de vista puramente nacional, pero que es también de enorme interés general, político a la vez que histórico y por razones, algunas de las cuales saltan a la vista, como la posible influencia que todo ello acabase ejerciendo en las relaciones de la Alemania Occidental con los países vecinos, con los occidentales, Francia sobre todo, y con los orientales, la Unión Soviética y, más concretamente todavía, Polonia y Checoslovaquia. En fin de cuentas, el resultado de todo esto, que ha alcanzado las dimensiones de una crisis auténtica, bien pudiera ad-

quirir en poco tiempo la magnitud de uno de los grandes problemas, quizá dificultades, de la posguerra.

Aunque sólo sea a título de información muy resumida, con miras a dar una mayor unidad y comprensión a esta *cause célèbre*, parecen aconsejables algunas líneas sobre la dimisión del general Trettner (y también del general Pape), justificada por la decisión, para él inaceptable, del Gobierno—del ministro de Defensa—de autorizar dentro de los mismos cuarteles el desarrollo de las actividades sindicales. No sólo los soldados—que en la Alemania Occidental se insiste en considerar como «soldados-ciudadanos»—tienen todos los derechos y deberes de los demás ciudadanos, sino que allí y como demostración, es evidente, de que la nación está en guardia siempre contra el peligro del renacimiento del llamado militarismo germano, están autorizados los soldados para la formación de sus propios sindicatos. El derecho de los soldados a pertenecer a un sindicato no es de ahora, aunque durante el tiempo en que el miembro de un sindicato sea también miembro de las Fuerzas Armadas ha de quedar en suspenso algo de tanta importancia para el sindicato como el derecho de huelga. Lo que es de ahora, lo que llevó al general Trettner a presentar la dimisión en circunstancias que dejaban paso, cuando menos, a la sospecha de que se había aprovechado el momento más oportuno, cuando el ministro de Defensa parecía encontrarse ante la situación más comprometida de su carrera política, es la decisión de permitir—autorizar—el desarrollo de todas las actividades sindicales normales, con la excepción del derecho de huelga, en los cuarteles y bases militares.

No había tiempo para pensar en que probablemente se trataba de algo inevitable, pues se consideraba inminente un fallo de los tribunales en ese sentido. Sólo se podía pensar, desde el lado militar, en la situación realmente única que suponía, no ya en la Alemania Occidental, sino en cualquier otro país del mundo, con la importante excepción de los países comunistas, donde los sindicatos ocupan una posición muy especial y característica, al tener a unos soldados que no sólo podían ser miembros de los sindicatos, como ya lo eran en muchos casos, en más de una quinta parte del número de miembros de las Fuerzas Armadas alemanas, sino que la actividad organizacional de los sindicatos podía hacerse, iba a ser hecha, en los mismos cuarteles y los soldados mismos podrían llegar a ser dirigentes de esos sindicatos militares creados o en proceso de creación.

Cuestión de primacía.

La situación parecía anómala y en algunos casos por lo menos intolerable. Mejor dimitir. Y dimitir, además, cuando existían mayores probabilidades de que una decisión así pudiese convertirse en el golpe de gracia contra un hombre cuya posición política podía encontrarse gravemente comprometida. No por tratarse de una cuestión enteramente falta de precedentes, sino por tratarse de algo que bien podría considerarse como, en definitiva, *inacceptable*. Por tenerse el convencimiento de que es algo incompatible con la vida militar misma.

No hacía tanto tiempo que esa misma cuestión se había planteado en Francia. En el preámbulo de la Constitución de 1946 se declara que «todo hombre puede defender sus derechos y sus intereses por medio de la acción sindical y adherirse al sindicato de su elección».

Por contar con lo que parecía ser una base especialmente sólida, se intentó llevar los sindicatos a los cuarteles, organizar a los soldados en sindicatos, pero el Consejo de Estado, según declaración del 1 de junio de 1949, advirtió la existencia de incompatibilidad entre la noción del sindicato profesional, el resultado de las disposiciones legislativas que establecen el derecho del trabajador a sindicarse y las reglas propias de la disciplina militar. Por tanto, el Consejo de Estado acordó prohibir a «dos militares la formación de sindicatos profesionales o de adherirse a grupos sindicales».

Todos los intentos realizados posteriormente en Francia en ese sentido han tropezado con lo que, hasta el momento, ha sido una resistencia insuperable. Lo que no se ha podido hacer en la Francia republicana y democrática se está tratando de hacer en la Alemania Occidental, que si es también republicana y democrática cuenta por lo menos con antecedentes muy especiales y relativamente recientes que hacen pensar, en cualquier caso, en lo extraño, casi caótico, de una situación como la que se daría de estar formados y en plena actividad los sindicatos militares y de surgir en ellos cuestiones tan habituales en las actividades sindicales sobre jornal, horas y condiciones de trabajo, etc. O sobre, ¿quién sabe?, la posibilidad o la perspectiva de influir en cosas como el armamento, el carácter y la profesionalidad de los oficiales, y así sucesivamente.

L'Express, el conocido semanario izquierdista francés, recoge las observaciones de un jefe militar alemán que dijo: «La primacía de la política sobre lo militar se ha ido degradando al cabo de los años para convertirse en una primacía del civil sobre el militar, y en la actualidad en la primacía del funcionario sobre el militar.»

Hay en todo ello, cuesta poco trabajo advertirlo, bastante más que una situación de crisis provocada o alimentada con torpeza o falta de habilidad y tacto. Un conocido comentarista de temas militares, Theo Sommer, resume la situación con lo que acaso sea una brillantez que deslumbra más bien que convence. Dice, desde las páginas de *Die Zeit*, de Hamburgo, en un comentario sobre los tres ministros de Defensa que ha tenido la Alemania Occidental hasta el momento: «Theodor Blank ha sido un hombre sin suerte, Franz Josef Strauss fue un hombre sin discreción y von Hassel es un hombre sin estilo.»

Lo peligroso o lo significativo de la cuestión es que se deje paso al comentario que pudiera no ser menos significativo para su apariencia fácil, como resulta, evidentemente, al aludir a «las sombras de Federico el Grande, Bismark, Clausewitz u otras famosas figuras del pasado que deben haber echado con asombro una mirada hacia abajo para ver la mano fuerte de Ludwig Erhard posándose sobre el Ejército alemán». Esto, de ser cierta una conclusión así, no había sucedido, no hubiera podido suceder, en los días en que, hasta desembocar en la Paz de Versalles, la intervención o intromisión civil en los asuntos militares había sido una imposibilidad absoluta.

Se produjo un cambio importante a partir de aquel momento. Pero para sentir pronto el renacimiento vigoroso de influencias y presiones que buscaban el camino de la tradición. La casualidad ha hecho que coincidiese casi con este *affaire* de los generales la publicación de la versión inglesa de un libro aparecido originalmente, en 1964, en la Alemania Occidental y que en esta nueva edición lleva el título de *The Reichswehr and Politics*, es decir, *La Reichswehr y la política*, del profesor F. L. Carsten.

Durante los años de la República de Weimar, sobre la que la socialdemocracia ejerció una gran influencia, con frecuencia una influencia decisiva, fue mucho el empeño y el hincapié puesto en la afirmación y conservación de aquel principio fundamental de su comandante en jefe. Hans von Seeckt: Nada de «política de partido» en la *Reichswehr*, el ejército enteramente profesional que se formó en la Alemania salida de la Conferencia de Versalles y la que pudo salvarse, algo de muy difícil reconocimiento y peor iden-

tificación, de los famosos Catorce Puntos del presidente norteamericano de entonces, Woodrow Wilson.

La defensa y mantenimiento de ese principio no impidió, aparentemente, que, como cuenta el profesor Carsten, el 30 de enero de 1933, el día en que Adolfo Hitler alcanzó el Poder—una parte nada más todavía, puesto que entró en el Gobierno de Alemania con algunos miembros de su partido para formar parte de un ministerio de coalición—, cuando la gente se encontraba en las calles de Bamberg celebrando la «revolución nacional», un joven teniente de la caballería bávara se colocase a la cabeza de la manifestación, con uniforme de gala. Fue por ello objeto de una reprimenda, porque aquello en lo que había intervenido era, por supuesto, un acto «partidista» y, por tanto, una violación evidente de aquel principio básico. Pero él advirtió a los mismos que le reprendían que los grandes soldados de los días de las guerras de liberación habrían hecho una mayor demostración, sin duda, de simpatía «ante un levantamiento del pueblo tan genuino».

Aquel joven teniente estaba llamado a grandes y tremendas cosas y a pasar también por la experiencia de grandes y tremendos cambios, porque era nada menos que el conde Claus Schenk von Stauffenberg, el mismo que el 20 de julio de 1944, poco más de once años después, colocó la bomba con que se intentó acabar violentamente con la vida de Adolfo Hitler y por cuyo acto pagó él con la suya propia.

Demasiado poder civil.

No había pasado todavía medio año desde aquel 30 de enero de 1933 cuando el general von Blomberg, salido de aquella *Reichwehr* a la que von Seeckt intentó dar unas características muy especiales, y convertido en el primer ministro de Defensa del III Reich, declaró ante una reunión de comandantes de división y cuerpos de ejército de la nueva *Wehrmacht*, que «esto de ser no político se ha terminado y ahora sólo queda una cosa: servir al movimiento nacionalsocialista con total devoción».

Con total devoción y con una decisión absoluta e incondicional, puesto que, como había observado un par de meses antes el coronel de Estado Mayor Reichenau (más tarde general), «lo que en el Estado se halla en decadencia tiene que caer y esto sólo es posible hacerlo mediante el recurso al terror. El Partido (nacionalsocialista) quiere avanzar despiadadamente contra el

marxismo. La tarea de la *Wehrmacht* es permanecer en estado de atención constante».

Cuando *L'Express* recuerda que «diez años después de la creación de la *Bundeswehr*, el Ejército de la República Federal, la inesperada rebelión de los generales contra el Poder civil inquieta a Europa», y cuando, es más, pregunta «si será éste el despertar del imperialismo alemán», ¿es porque se piensa en antecedentes como el de la *Reichswehr*? En ese caso, ¿qué explicación se podría dar a la actitud de la socialdemocracia alemana, colocada en estos momentos—en los momentos, por lo menos, en que se prepara este resumen sobre la situación, tan comprometida, en que se encuentra el Gobierno de Bonn—de una manera tan resuelta en favor de los generales que adoptaron una actitud de abierta, ostensible, disconformidad con la política y la actuación del Ministerio de Defensa presidido por Kai-Uwe von Hassel?

Apenas se podría pensar en que esa actitud hubiese de responder a más consideraciones que las puramente oportunistas: al deseo de colocar al Gobierno de su país, y de manera muy especial al canciller Erhard, reacio desde el principio al fin a la «gran coalición» con que los socialistas soñaban que había de ser formada para encontrar, al fin, acceso al Poder, aunque fuese con una responsabilidad muy desigualmente compartida con el partido mayoritario, el demócrata cristiano. La situación a que se ha llegado es tan confusa que apenas resulta posible pensar siquiera en lo que podrá salir de ella.

La impresión inicial que dio el canciller Erhard, «de gran firmeza al hacer frente a una situación peligrosa», según las palabras de un corresponsal inglés, pudo parecer vacilante o al menos incierta pocos días después. Porque aun en el caso de parecer—de ser tal vez—muy resuelta la decisión de mantener a von Hassel en su puesto, con lo que pudiera resultar inevitable la conclusión de que el golpe de la adversidad había sido todo para los generales descontentos, no dejaba de asomar la sospecha de que si no entonces, en el «momento oportuno» habrían de llegar las concesiones. Quizá se aceptase, al menos en lo esencial, el proyecto que el general Trettner había preparado a lo largo de un par de años para reducir mucho la influencia del poder civil sobre el militar y para acabar, sobre todo y de una manera especial, con aquel estado de subordinación en que se había encontrado él no ya en relación con el ministro de Defensa, que pudiera parecer aceptable además de lógico, sino en relación con el secretario de Estado para la Defensa—subsecretario en realidad—, Karl Gumbel. La supremacía del poder

civil, ¿no estaba garantizada con un ministro de Defensa que no puede ser militar? En realidad, ¿no se había ido demasiado lejos por el lado de la afirmación del poder civil sobre el militar? A esas conclusiones parecía haber llegado el general Trettner.

En una situación como aquella, con la incertidumbre y la confusión como rasgos dominantes, apenas se podía pensar en otra cosa que, al fin, la confrontación. El recuerdo del general Trettner, uno de cuyos puestos de servicio estuvo en la Legión Cóndor, bien pudiera estar llamado a ser de larga duración.

Después de todo, ¿podía parecer improbable, y menos aún imposible, que el Ejército, que estaba considerado como la mayor y mejor organizada de las fuerzas militares de la O. T. A. N., con una sola salvedad, llegase a caer en una situación de crisis quizá hasta de desorganización por no haberse tomado a tiempo las medidas necesarias, indispensables, para restablecer la decaída moral de la *Luftwaffe* a consecuencia de tantos y tan graves accidentes con los aviones comprados a los Estados Unidos? ¿Y por haberse tolerado, además, la presencia de una influencia tan fatal para la disciplina militar como necesariamente habría de ser la formación y desarrollo de sindicatos profesionales dentro de los cuarteles y bases militares?

Cualesquiera que fuesen las causas que habían conducido a ese estado de cosas, parece evidente que una situación como la salida de esa «rebelión de los generales» no podría durar largamente sin que de ello se desprendiesen consecuencias graves para la nación, en lo militar no menos que en lo político. Algunas de las consecuencias son ya, en realidad, inevitables.

Dice el *Bayern Kurier*, órgano de la rama bávara de la democracia cristiana, de la Unión Social Cristiana, que encabeza Franz Josef Strauss, el gran dirigente que está considerado por muchos como la primera figura del panorama político alemán por derecho propio, el derecho de una capacidad y de una personalidad privilegiadas, que «tanto va el cántaro a la fuente que se estrella». Y puede ser lamentable que la crisis estallase en la forma y circunstancias en que lo hizo cuando por todas partes parecía estar más necesitado el país—el Gobierno—de la calma y la unidad necesarias para hacer frente a grandes y graves cuestiones. Está sin decidir todavía la cuestión de la presencia de las tropas francesas en territorio de la Alemania Occidental; lo estaba, sin duda, en los momentos de estallar la crisis con aquel choque entre generales y altos, de lo más alto, funcionarios del Ministerio de Defen-

sa, a punto casi de hacer el canciller otro viaje a Washington para entrevistarse de nuevo con el difícil Mr. Johnson; no deja de acentuarse la dureza y la descortesía con que a menudo se reciben en Moscú las tentativas de aproximación y conversación que se hacen en Bonn; está flotando todavía en el aire todo lo relacionado con la nueva estructura y alojamiento de la dirección militar de la O. T. A. N., cosas como el proyectado establecimiento del S. H. A. P. E., el mando militar supremo en Europa, en una pequeña población, casi aldea, de Bélgica, donde la mayor preocupación local parece centrarse en la posibilidad de que los campos donde se suele jugar a una especie de golf, peculiar de aquella región, tengan que dejar sitio para la construcción de casas, colegios, campos de entrenamiento y otras cosas inherentes a la capitalidad de la O. T. A. N. en Europa; están en marcha o en preparación medidas especiales para buscar solución a problemas económicos especialmente delicados y, en fin, y entre muchas cosas más, estaban acercándose entonces con mucha prisa unas nuevas elecciones estatales, pero de una gran importancia, de todo lo cual, ¿qué iba a ser si el desarrollo de ese estado de rebeldía de unos pocos generales acababa haciendo inevitable una verdadera crisis gubernamental?

Y, en el mejor de los casos, ¿qué podría salir, por un lado, del estado de agudizada agitación y descontentos políticos, no ya por lo que hiciese la oposición, preparada para el combate, sino por el de la propia democracia cristiana, de todas las direcciones de la cual parecían no salir más que invitaciones y sugerencias al canciller Erhard para que hiciese frente a la crisis con ánimo realista, es decir, buscando él mismo el retiro que no hace mucho tiempo antes había hecho tanto por imponer al anciano *Der Alte*, Doctor Adenauer? En el estado de confusión, casi descomposición, a que se había llegado, en el *Neue Bildpost*, de Lippstadt, un semanario católico, aparecía una breve entrevista con el Dr. Adenauer. A la pregunta sobre si creía que la Alemania Occidental estaba sufriendo las consecuencias de una crisis de dirección y sobre si esa crisis podría ser resuelta con la reorganización del Gobierno o el cambio del canciller, el anciano—nonagenario ya—estadista contestó simplemente: «Ja».

A la pregunta sobre si compartía la opinión de Franz Josef Strauss, a menudo calificado en los últimos tiempos como el principal *gaullista* de la Alemania Occidental, de que la actitud que se había adoptado por parte del Gobierno de Bonn en relación con Francia no había producido resultados

favorables en lugar alguno del mundo, el Dr. Adenauer volvió a contestar, seca y claramente: «Ja».

«Sí». Eso era lo que había dicho, con la sequedad que suele darse a las cosas decisivas, el Dr. Adenauer. ¿Qué más se podía necesitar ante el carácter y la intención de las preguntas? Eso, por un lado, el lado que no tiene, por ahora, nada que se pueda considerar como buenos augurios para el futuro de un Gobierno presidido por el profesor Erhard; siempre, es decir, que tenga una composición esencialmente similar a éste contra el cual—contra alguno de sus miembros concretamente—se produjo la «rebelión de los generales». Por el otro, para un futuro inmediato de especial y acaso acuciante importancia, el de las relaciones de Bonn con Washington, ¿qué consecuencias pudiera tener esta situación de crisis?

Inversión admirable.

Si, como se ha intentado hacer, como es posible que se haga, se dan amplias facilidades para una discusión a fondo del problema de las relaciones entre los poderes militar y civil, podrían esperarse acontecimientos que fuesen susceptibles, por lo menos, de introducir un factor de duda y debilidad en unas relaciones que han sido característica dominante de todo el período de la posguerra. En los Estados Unidos produjo impresión la actitud adoptada por el general Panitzki en relación con esos aviones que son la base de la *Luftwaffe*. Si llegasen a ponerse en entredicho no sólo los aviones, hoy llamados con frecuencia «féretros volantes» y «fábrica de viudas», sino los métodos y las influencias que hicieron posible—inevitable—una operación de vastas dimensiones financieras (se fija el valor de cada uno de esos aviones en 150 millones de pesetas y se compraron setecientos, para empezar); podría muy bien deslizarse entre las relaciones germano-americanas un factor de sospecha y recelo que acabase teniendo consecuencias muy desfavorables, acaso ruinosas en los momentos en que hay tanto de vacilación y de inestabilidad en el mundo de la posguerra.

No deja de llamar la atención la actitud dura y seca del general Panitzki al enjuiciar la situación que desembocó en la compra de esos aviones. Esa opinión suya no ha sido siempre, en el caso de serlo ahora, la opinión de

todas las principales figuras de la vida militar alemana en la posguerra. Hace sólo ocho años, el general Kammhuber, que precedió a Panitzki a la cabeza de la *Luftwaffe* y que en París estuvo considerado como «antifrancés por encima de todo», calificó el *Starfighter* como una inversión admirable en el caso de no entrar en juego otras consideraciones que las puramente militares.

Y frente a los ataques de sus adversarios, Franz Josef Strauss, entonces ministro de Defensa, sostuvo que la idea de la adquisición de un avión francés, como se pretendía desde alguna parte de la mucha oposición con que ya contaba él en su propio partido no menos que en los demás, equivaldría a nada menos que a dejar relegada a la República Federal de Alemania a la posición de un país agrícola, a dar la vuelta otra vez hacia «el plan de Morgenthau», el plan bautizado con el nombre de aquel político norteamericano, Henry Morgenthau, varias veces ministro con el presidente Roosevelt, que apareció como el autor de un proyecto para el desmantelamiento de toda la industria germana y la transformación definitiva del país en una nación esencialmente agrícola.

Al elegir aquel avión norteamericano, en favor del cual se llegó a una decisión, se haría bastante más, según el señor Strauss, que elegir con acierto desde un punto de vista esencialmente militar. Porque se habría optado también por la adopción de las técnicas características del panorama norteamericano, en particular en el terreno del equipo electrónico.

Acaso el único aspecto inquietante, al fin, de la cuestión, de una cuestión que se retrotrae al campo de una actualidad que empieza a ser emocionante, esté en la forma en que se desarrolló el debate de aceptación—o no se desarrolló, en definitiva—en el *Bundestag*. Nunca, ni siquiera al cabo de los años, ha sido posible tener más que una idea sumamente vaga, y en momentos muy intrigante también, de lo que entonces sucedió. Se habló mucho de una vasta movilización de presiones y de influencias que encontraron alguna manifestación externa en la afluencia extraordinaria de agentes y vendedores de la Lockheed, la inmensa empresa norteamericana de aeronáutica, concentrados casi siempre en el lujoso hotel de Rhineside, en Königshof, una localidad a la que la gente empezó a dar el nombre de Lockheedhof. Se habló de otras cosas, como bien se podrá suponer. Pero, por qué, al fin, se adoptó el *Starfighter* y no un modelo inglés en el que se habían puesto grandes ilusiones y para cuyo desarrollo se habían realizado grandes inversiones, o el *Mirage-III*, de Francia, esto pertenece a un capítulo de la historia de

la posguerra que está todavía sin escribir. Es posible que hubiese costado algún trabajo mayor descartar al *Mirage-III* que lo que había costado deshacerse de otros tipos de avión que habían pretendido competir con el «F 104 G» de la casa Lockheed, el ya bien conocido *Starfighter*, pero al fin llevó el camino de los demás, empujado por la sequedad de un comunicado oficial en el que se informaba que no respondía a las «exigencias tácticas y técnicas formuladas por el Ministerio de Defensa».

Eran aquellos los días en que la influencia de Strauss parecía decisiva y en que se tenía la impresión de que lo único que mediaba entre él y la cancillería eran los pocos años, demasiado pocos para un político que sólo podría progresar por el camino de sus posibles ambiciones pasando y saltando por encima de otros que se sentían con mayores y mejores títulos al cargo. En cualquier caso, y si lo que entonces sucedió no acaba convirtiéndose en una tara demasiado difícil de llevar, sobre todo para un hombre que un día estuvo considerado como el político con quien se soñaba en los Estados Unidos para la sucesión de Adenauer y hoy es visto con mucho recelo, por causa exclusivamente de la posición que posteriormente adoptó en favor de la colaboración con Francia que se quiso iniciar con el Tratado franco-germano de comienzos de 1933, Strauss pudiera muy bien verse convertido en uno de los contendientes más formidables para un cargo decisivo en el Gobierno que se espera, que se cree ha de ser formado antes de que termine este mismo año. Si fuese injustificado el pensar en Defensa, por haber estado allí ya y no ser fácil siempre la vuelta al mismo cargo, ¿por qué no Asuntos Exteriores?

En cualquier caso, pudiera ser imprudencia, de sentirse la necesidad de estar al tanto de los acontecimientos, no pensar en Strauss alguna que otra vez. La postura que ha adoptado es, sin dejar de tener la prudencia como norma, más bien favorable a los militares que a los civiles que los han colocado en una situación que es para ellos harto incómoda. En el *Bayern Kurier*, considerado como su órgano en la Prensa, se ha dicho, en alusión a esos acontecimientos que hicieron explosión con «la rebelión de los generales», que se ha llegado al límite de lo soportable. «Es imposible esperar de los soldados de la *Bundeswehr* que se encuentren en estado de combatir y que cumplan su misión con entusiasmo si por otra parte se les considera y se les trata continuamente con recelo, como sucede en el caso en que se abs-

LA REBELIÓN DE LOS GENERALES

tiene de consultarlos en cuestiones de importancia fundamental y se les exige que llenen una función subalterna en vez de buscar una colaboración activa con ellos».

Todo induce a pensar que se ha entrado de lleno en una encrucijada. Y que no se sabe el camino que se debe, o acaso que se puede seguir.

JAIME MENENDEZ.

